

HISTORIA ORAL AMBIENTAL: UN TESTIMONIO

*Emilio Vargas Mena**

Presentación: la "voz del pasado" y la historia ambiental de nuestro tiempo

Sociedad y natura, en sus interacciones **históricas**, apenas empiezan a ser estudiadas en años recientes. Los primeros textos en que algunos historiadores informan sobre la construcción de ese novedoso objeto de estudio datan de la década de los años setenta.¹

Dos causas inmediatas se asocian a este nuevo interés de la historiografía: el avance de la crisis ambiental y el nuevo movimiento social y político que acompaña esa crisis, es decir, el movimiento ambientalista. Ambas causas tienen su origen, de acuerdo a algunos autores, en

M.Sc. en Sociología por la Universidad de Costa Rica. Docente del Programa Regional en Manejo de Vida Silvestre y de la Escuela de Ciencias Ambientales, Universidad Nacional, Costa Rica. Correo electrónico: emvargas@una.ac.cr

la estructura y evolución del sistema capitalista, el cual condiciona también el surgimiento de nuevos temas en la ciencia histórica. La historia ambiental, como disciplina científica integradora, nace cuando el capital subsume la naturaleza, en escala antes desconocida, en los circuitos del mercado mundial. Y esto ocurre con mayor intensidad en la segunda mitad del siglo XX, en **nuestro tiempo**.

Este último hecho hace que la historia ambiental **contemporánea** tenga especial relevancia para el abordaje de ese objeto de estudio en América Latina. Los principales cambios ambientales, esos que precipitan la crisis y dinamizan el movimiento ambientalista, han ocurrido en los últimos **setenta años** en la región latinoamericana. Las raíces históricas de esos cambios recientes ya empezaron a ser estudiadas en el continente americano desde distintas ópticas, enfatizando el estudio de siglos anteriores.² Sin embargo, la historia **contemporánea** presenta todavía un escaso desarrollo.

Uno de los métodos alternativos para ayudar a reconstruir esa historia más reciente es la **historia oral**. La aplicación de este método ha confirmado que la historia reconstruida sistemáticamente a partir de los testimonios directos de los protagonistas es distinta a la historia oficial o elaborada por otros métodos. Las evidencias orales han resultado ya de importancia crucial para la historia,³ sobre todo en aquellos campos en que no hubo registros escritos sistemáticos sobre insospechados objetos de estudio histórico, como lo es el de la historia ambiental.

*La reconstrucción de una biografía **social** del ambiente a partir de biografías humanas individuales es el centro del esfuerzo de una historia ambiental oral.* Ello supone la descripción por la palabra, de las características naturales que observaron y experimentaron los protagonistas en el pasado, y cómo esas características condicionaron la organización de sus experiencias humanas para resolver necesidades básicas de abrigo, alimentación y salud, entre otras, a lo largo del período en estudio.

La “voz del pasado” también da luz sobre cómo el bagaje socio-cultural del colonizador influye sobre la naturaleza y condiciona además el proceso de adaptación,

apropiación y construcción del ambiente humano. Ese bagaje es expresión de relaciones ambientales (entre sociedad y natura) de la época en cuestión. El mundo de las ideas sobre esas relaciones es el vehículo a través del cual la historia oral ambiental profundiza en el estudio de las relaciones mismas. La biografía individual ha de reflejar esas relaciones en el nivel local, pero también en el nacional, e internacional.

La biografía está constituida así por las ideas y acciones que marcaron para siempre la vida personal. Esas ideas y acciones, si bien tienen una fuerte dimensión psicológica, están también inmersas en la dimensión social más amplia. *La experiencia ambiental personal apoya la reconstrucción de la experiencia ambiental colectiva para la región y la época de estudio.* La aplicación del método de la historia oral, conducirá a la reconstrucción de esa historia a través de la palabra y la memoria de los y las protagonistas, y se complementará, mutua y críticamente, con los otros métodos de la ciencia histórica.

La promesa adicional de este esfuerzo, desconocida para la historia oficial, es la integración de la historia así construida a la vida cotidiana de las poblaciones locales. Son ellas, en su mundo presente, quienes continuarán haciendo la historia ambiental del futuro, pero esta vez reconociendo y aprendiendo las lecciones de su propio pasado.

Guía de entrevista de historia oral ambiental

La entrevista debe empezar tratando de reconstruir la historia personal del entrevistado, distinguiendo fases en su experiencia que permitan luego evocar los recuerdos por etapas, empezando por los años más lejanos, usualmente cuando se es niño a los 12 años. En cada etapa deben cubrirse aspectos como los que se describen a continuación.

1. *Natura: descripciones detalladas de las condiciones naturales antiguas, tal y como son percibidas desde hoy (cómo se piensa ese ayer desde hoy), a través del recuerdo, mediatizado por la experiencia personal.*

- | | |
|-----------------|------------------------|
| 1.1. El bosque | 1.5. El agua, los ríos |
| 1.2. El paisaje | 1.6. El clima |
| 1.3. La fauna | 1.7. Los suelos |
| 1.4. La flora | |

2. *Descripción detallada de cómo esa natura impone condiciones y orienta la adaptación humana para la reproducción social posterior.*

- 2.1. Necesidades básicas: la vivienda, la alimentación, la salud, el trabajo, el transporte.
- 2.2. Principales dificultades de adaptación para satisfacer las necesidades básicas.

3. *El proceso comunitario y las actividades fundamentales que van perfilando una nueva relación de los colonos con la naturaleza y el paisaje circundantes. El bagaje cultural/social de los colonizadores influye sobre natura y condiciona también el proceso de adaptación. Ese bagaje es expresión de relaciones socio-ambientales de la época en cuestión. La biografía individual refleja esas relaciones en el nivel regional, nacional e internacional.*

- 3.1. Procedencia de los colonos
- 3.2. Experiencias previas con la naturaleza
- 3.3. Razones para migrar y colonizar la zona
- 3.4. Características del poblamiento inicial
- 3.5. Tecnologías disponibles
- 3.6. Actividades agrarias: maderas, cultivos, ganadería, sistemas agroforestales
- 3.7. Relación inicial con los mercados
- 3.8. Religión, educación, deporte, recreación
- 3.9. Animales silvestres: cacería y domesticación
- 3.10. Visión del bosque y del área protegida
- 3.11. Migraciones
- 3.12. La vida comunitaria

La **biografía** está constituida por las ideas y acciones que a lo largo de la época en estudio marcaron

para siempre la vida personal. Esas ideas y acciones, si bien tienen una dimensión psicológica/individual, están también inmersas en la dimensión social más amplia. La experiencia socioambiental **personal** debe apoyar la reconstrucción de la experiencia socioambiental **colectiva** para la región y la época de estudio. La aplicación del método de la historia oral ayudará, junto con otros métodos, a la reconstrucción de esa historia a través de la palabra/memoria de los colonos y sus familias.

Notas

1. Cfr. J. D. Hughes. *La ecología de las civilizaciones antiguas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981. (Primera edición en inglés en 1975).
2. Entre otros: L. Vitale. *Hacia una historia del ambiente en América Latina*. México, D.F.: Editorial Nueva Imagen, 1983. G. Castro. *Los trabajos de ajuste y combate. Naturaleza y sociedad en la historia de América Latina*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura), 1994. S. R. Olivier. *Ecología y subdesarrollo en América Latina*. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1983. F. Mires. *El discurso de la naturaleza: ecología y política en América Latina*. San José: DEI, 1990.
3. Thompson. *La voz del pasado. Historia oral*. Valencia: Edicions Alfons El Magnànim, Institució Valenciana D'estudis I Investigació, 1988.

TESTIMONIO DE HISTORIA ORAL AMBIENTAL

Don Isaías Solano: setenta años de historia en El Empalme y el Cerro de la Muerte en Costa Rica¹

Don Isaías nació en 1915, en Pacayas de Cartago. Allí vivió su infancia y cursó los dos primeros grados de la escuela primaria. A la edad de 11 años, en 1926, migró con su familia a La Estrella de El Guarco, donde trabajó con sus hermanos en las fincas de sus abuelos, don Ambrosio Solano y doña Mercedes Brenes. Cuatro años después su familia volvió a migrar, esta vez hacia el área conocida hoy como El Empalme, a donde llegaron en 1930. Los ocho miembros de esta familia fueron los primeros colonizadores de esas montañas. Su padre fue don Isaías Solano Brenes y su madre doña Piedades Jiménez Montero. Este es el relato de don Isaías, más conocido como Chayito, sobre la vida de las gentes y su relación con la naturaleza en esa zona del país.

Los años de La Estrella

En La Estrella vivimos en las tres finquitas de mi abuelito. Había cañales y trapiche, guineales, potreros y también un aserradero. Había una parte de montaña para explotarla. En esos tiempos no se prohibía el explote. Explotaban para el lado de Navarro. Habían muchas maderas: el quina, el campano y maderas de parte baja. Según la elevación así son las maderas.

A la finca de mi abuelo llegaban fleteros en carretas con bueyes. Venían de El Guarco, Cartago y otros lugares a llevar la madera. Llevaban gigantón (4X4), alfajilla (4X2) y regla (1X4 y 1X3). Mi abuelito recibía encargos y el preparaba la madera. Vivíamos muy, muy pobres. De un momento a otro, mi abuelito vendió las tres fincas en 33 mil colones, y eran grandes las fincas. Nos dejó botaditos.

En esos años en La Estrella, yo hacía carbón con papá y con algunos peones que el abuelito contrataba. Usábamos el encino para hacer el carbón, esa madera era la

más preciada en las fundiciones y también para cocinar. Una herrería en Cartago compraba a 1.50 colones el saco.

Yo estaba muy pequeño como para cortar los árboles. Otros peones volteaban el árbol con hacha, pues en ese tiempo no se conocía la motosierra. A mí me tocaba desramar y jalar las ramas para llevarlas al hoyo. Las trozas las cortaban ellos con hachas y les metían las cuñas de acero para abrir la madera y hacer los gajos. Esos gajitos se iban metiendo en la carbonera. Eso sí lo aprendí a hacer yo. Es un oficio muy duro y muy sucio. Uno queda negro negro al final del día.

La finca con montaña quedaba en la cuenca del Río Navarro. Yo tenía que ir hasta esa finca a ayudar a jalar los buecitos. Ellos cortaban árboles y yo ayudaba a mi tío a sacar las trozas con los bueyes. Yo llevaba una yunta y mi tío otra. Esa madera la llevábamos hasta el aserradero.

En ese entonces habían saínos en la montaña. Se decía que la gente mataba tepezcuintles. Había un señor cazador, Juan Quesada, que mataba saínos, tepezcuintles, dantas, cabros. A mí no me llevaban a cazar. Don Juan era muy amigo de la familia y un día llegó y nos dijo: —aquí les traigo una carnita.

Uno pobre come lo que se atraviesa, bien cocinadito no hay problema. Don Juan nos dejó la carne. Mi mamá la cogió y la cocinó. Nosotros todos muy contentos comiendo la carne. A los tres días regresó don Juan:

—¿Les gustó la carnita?

—Sí, muy rica estaba la carnita— le respondimos.

—Vean, era un leoncito que me estaba haciendo daño en la milpa.

Nos hizo comer carne de león, que dicen que no se come. Pero, diay, era muy rica. (risas).

Yo de niño tenía una vez un mozotillo de charral enjaulado. Pero los gatos eran muy dañinos y se los comían. Yo entonces me quité de esa cosa. El gato era más importante porque mi mamá lo ocupaba para espantar los ratones. A mí me gustaba coger los pájaros. Pero los jilgueros que cogía se morían, porque yo no sabía que había que chinearlos tanto. Uno los cogía con la fruta de jaboncillo. El jilguero canta en un solo lugar. Ahí llega. Uno hacía

un clarito en la montaña y ponía la jaula en el centro con los ramitos de jaboncillo, unos afuera y otros adentro. El pájaro llegaba a comer y la tapita caía. Se me murieron dos y entonces decidí no coger más.

Nos fuimos para El Empalme, allí no vivía nadie todavía

El abuelito vendió a José Giraes, un famoso zapatero español de Cartago y a Ramón Gargorola. Ellos vendieron después a Don Martín Mora, del lado de Los Santos, con quien papá no tranzaba bien. José Pablo Rodríguez de San José se hizo de la finca La Crisantema que ahora es de los Cruz. Papá entonces nos trajo a a vivir a esa finca en 1930, aquí arriba, en El Empalme, pero se ganaba muy mal. Yo ya tenía 15 años.

Papá contrataba a quince colones la manzana de chapia, era una abrita que había aquí abajo, esto aquí era todo montaña. Ahí trabajamos con José Pablo, pero con muy mala paga, porque él estaba en mala situación. Era de aquellos Rodríguez, de la ferretería Los Rodríguez, a 100 metros de la Iglesia El Carmen, de la cual era socio.

Nosotros hacíamos carbón en esa misma finca para ir a vender en carreta a Cartago. A don José Pablo eso le servía porque así le ayudábamos a limpiar la finca. Nosotros no teníamos que pagarle a él por ese carbón que sacábamos. El saco lo pagaban a ₡1.50 y en la carreta cabían 10 sacos. Nosotros llevábamos dos carretas. Aquí costaba mucho ver la platita. Eran unas diez hectáreas de abra, lo demás era montaña. Esa ladera que usted ve era un bosque espeso, había saínos y tepezcuintles que mis hermanos mataban; todavía quedan unos dos árboles de aquel entonces. Habían también monos congos.

Nosotros fuimos los primeros que llegamos aquí. No había ninguna otra familia antes que nosotros. La primera casita la hizo don José Pablo con el mismo zinc que traía en bestia desde La Estrella, era un trillo. Las trozas, ya cuadradas, las trepaban en alto, en una tarima, y las aserraban con sierras manuales para hacer las tablitas de pulgada o de tres cuartos. Yo nunca hice ese oficio. Habían

dos señores que trabajaban en eso: don José Salazar y don Lisímaco Ilama.

Las trozas eran maderas de magnolia y de ira. De magnolia eran dos especies: uno amarillo amarillo que se pudre de un año a otro y otra que llamábamos “yema de huevo” que sí dura mucho y es muy bonito para cielo raso y pisos. Todas las especies de ira son buenas: el ira rosa se ocupa más para tabla y tablilla; el ira colorado se usaba más en los postes de los portones. Los señores que eran aserradores los había contratado José Pablo. También se usó madera rolliza en esa construcción, como hacen en Estados Unidos.

Nosotros teníamos fogones para cocinar. Eran como un cuadrado con tierra en el fondo, donde mamá ponía el tinamaste. Hacía tanto frío que mientras mamá cocinaba nosotros estábamos detrás del fogón para calentarnos. De ropa estábamos muy mal todos. La pobreza era grande. Tenía una ropita solo para ir a Cartago. De noche nos calentábamos con sacos de gangoche. También hacíamos coletas de sacos de gangoche, que era lo que más se veía antes, como decir el plástico ahora. La coleta se hacía uniendo varios sacos y servía como cobija para los chiquitos en un solo camión.

Nosotros no usamos pieles de animales de la montaña. Yo usé una vez un cuero de res seco para forrar la carreta y salir a Cartago. Yo salía el viernes hacia La Estrella y de ahí hasta San Isidro del Guarco donde vendíamos el carboncito. El domingo en la madrugada venía uno llegando aquí otra vez.

Nosotros sembrábamos papas, cubá, chiverre, maíz, repollo, coliflor, remolacha... Había dulce, pero aunque era barato nosotros a veces no teníamos la plata para comprarlo. No habían peces de río para comer. En ese tiempo no había truchas, no. Agua sí había, de naciente.

Para la agricultura lo que hay que buscar es la clase de siembro. Aquí no se puede sembrar cualquier cosa. La papa, el chiverre y el cubá daban siempre buena producción. Y no se acostumbraba el abono, todo era natural. Los abonos vinieron después.

El maíz se lo comían las ardillas, que habían muchas, por eso no contaba mucho para nosotros. El maíz sí servía para sostener la mata de cubá que las ardillas no se comían. La chirrascuá, que es una gallinita de monte, sí se comía el cubá. Yo llené una vez un estañón de una producción de cubá. Un estañón es mucho. Valía un colón el cuartillo, pero de dónde cogía el colón? A un estañón le cabían unos 40 cuartillos.

A veces llenábamos las alforjas de toda esa producción y se la llevábamos a José Pablo, que vivía en San José, detrás de la Casa Amarilla. Ahí vivía la familia Rodríguez, que era muy grande.

Estando aquí, en alguna forma, mi papá a veces se ganaba diez colones. Yo era el mayor. Me iba a La Lucha, a hacer un mandado donde Don Pepe que tenía un comisariato. Allá llegábamos, yo era el muchachillo que era el más sobresalido, contestaba con amabilidad. Fuimos un grupo a traer tapas de dulce y comestibles. Don Pepe vestía de armi y trabajaba en pequeño con la cordelería. Vivía con doña Aida, una mujer de allí mismo.

Don Pepe nos ofrecía café. Éramos unos diez. Nos daban fresco, platanitos maduros, un gallo pinto. Luego ya nos vendían las cosas y nos regalaban dos melcochas a cada uno para que nos viniéramos comiendo. Yo guardaba una para mi mamá.

Los trabajos de la carretera interamericana: flaguear, balizar, portamirrear

Ya se decía que los marienses querían ocupar esta zona. Los marienses duraban quince días desde Santa María, por Frailes, hasta San Miguel de Desamparados, ida y vuelta en carreta. Y por aquí lo hacían en cuatro días. Se venían en un día de Santa María hasta El Empalme, donde había un sesteo donde guardaban los bueyes. De aquí iban hasta Cartago el segundo día, por el trillo. Después ampliaron ese trillo entre San Cayetano y La Estrella.

Empezaron en ese tiempo —alrededor de 1933— los trabajos de Mr. Welby y don Mariano de Montis, los

ingenieros que vinieron para empezar los trabajos de la carretera. Yo ganaba 55 centavos oro, de dólar. El cambio estaba a 5.60 colones por dólar. Don Mariano era el intérprete. Un día me dijo –fírmeme aquí porque estas planillas van para los Estados Unidos. Nos llegaba el chequecito por tantos dólares. El cadenero era el que ganaba más, yo era un peón bajo, corriente, el que menos ganaba.

El trabajo se hizo hasta el Alto Solano. Llegaron 19 norteamericanos con Nicolás Soto, un alajuelense, ingeniero y jugador de fútbol. A él le correspondía el flagueo. Una vez que terminamos el Cerro de la Muerte nos trasladaron hasta Zarcero. Mr. Rosch era el jefe grande y hablaba muy bien el español. Me apreciaba mucho. Estaban pensando en desviar la carretera interamericana de Zarcero hacia el volcán Arenal.

El contratista aquí era La Mills que hizo un contrato de frontera a frontera en todo el país. El “biuro” de Estados Unidos mandaba los cheques, era como el Ministerio del Transportes de allá. Los cheques en dólares los vendíamos en San José al que mejor los pagara.

Un mes estuvimos allá, metidos en la montaña lóbrega de la división continental. Hicimos campamentos muy cerca del Arenal. Pero también nos suspendieron ese trabajo. Yo ya estaba como capataz. Tenía que armar los campamentos y organizar todo. Mr. Rosch me pidió que trabajara el flagueo en el sur, era más o menos el año 42. La maquinaria ya había principiado a trabajar.

Estaba preocupado porque mi señora iba a tener el primer güilita. Yo me había casado en el 41, trabajando ya con ellos. Nació mi primera hija, la mayor, que vive en Tierra Blanca. Después vinieron catorce más. Tuve que robarme unos diítas y dejé a la niña ya de 14 días. Me fui entonces seis meses.

Yo llegué a Paso Real, por Garrote, aterrizando en Potrero Grande. Empecé a flaguear con Mr. Rosch. Me dieron una caja y yo no sabía qué era. El ingeniero me explicó que era una cinta que uno extiende usando una baliza recta, le pone unas tachuelas y forma una mira. Así flagueábamos. Yo servía de porta-mira y para balizar.

Teníamos dos peones que eran indios de esa zona, de Potrero Grande para acá, para el sur.

Le explicaba con buen modo a los indios que tenían que ir rompiendo el carril viendo las balizas que yo les iba poniendo, y ellos escuchaban con los cuchillos descansando en los brazos y no decían ni hacían nada. ¡Viera que tragedia! Yo decidí romper el carril y hacer la balizada y también portamirar. Los indios atrás de nosotros abrazando el cuchillo. En la tarde llegaban a cobrar el jornal.

Una vez, haciendo un trazado con don Tomás Guardia, allá por el Barú nos atacaron unos animales. Don Tomás había advertido que se trataba de un trabajo de hombres. Yo pedí permiso a mi papá y a mi mamá para ir a hacer ese estudio para la interamericana. Fuimos hasta la boca del Saavegre, allá en la bajura. Éramos 9 peones cargueros, un capataz y don Tomás. Había que trabajar unos quince días seguidos y ya el grupo no quería seguir. Se retiraron todos. Solo quedamos don Tomás y yo y llegamos a Matapalo, acompañados por dos chiricanos.

Era 1939, ya verán. En la montaña hay tigres, hay fieras y muchos animales más. Una vez nos mandó don Tomás Guardia a matar pavones. Allá lejos se oye el ruido que el pavón hace, pero yo soy sordo de un oído. Yo llevaba el rifle y un peón. El peón me ayudaba a oír el animal. Ese día yo llegué con dos pavones. También habían montones de palomas que pasaban y habían palomeros que las tiraban.

Un día estábamos nosotros haciendo el estudio con Don Tomás. Íbamos río arriba, por el río Barú, con el grupo. Vimos que las piedritas del río estaban mojaditas. ¡Los chanchos estaban en el playón del río, a unos cincuenta metros, frente a nosotros y se nos vinieron encima! Yo llevaba el rifle pero era de un solo tiro. El capataz llevaba una guávil con dos tiros, que nos habían prestado en Santa María. Nos pusimos de espaldas con espaldas. Yo viendo cual era la más grande para tirarla. Y nos estaban rodeando. Estábamos listos. Todos ahí, rodeados por los chanchos. Él disparó a una hermosa que estaba en el grupo. Apenas disparó se fueron.

Los chiricanos, que eran gente que sabía de esas cosas, nos dijeron que esos chanchos no nos habían devorado porque no traían crías en la manada.... porque si no, sí nos hubieran atacado en vez de huir. Hubiéramos quedado despedazados.

Yo encontraba que el trazado de la carretera por el Cerro de la Muerte era muy duro, pero economizaba muchos puentes comparado con la bajura, por la costa. El puente del Río Naranjo, el Saavegre y muchos otros. La bajura era muy parejita y se podía pasar por Santa Rosa, entre las dos cordilleras, pero requería más plata.

El sueldo mío era de unos 300 colones. Un ingeniero ganaba 500. Yo renuncié a ese trabajo, aunque no tenía estudio y casi no sabía ni firmar. Entonces me fui a trabajar en la construcción de la carretera: había que trabajar en topografía, había que calcular los metros cúbicos del material, dónde romper, de dónde tomar material para rellenar y abrir. La guerra mundial no nos afectó en la construcción. Los americanos escuchaban las noticias por la radio. Se oía que la cosa estaba jodida con la guerra. Si se perdía la guerra quedábamos en mano de los alemanes, aunque los alemanes son buena gente también. Lo que pasa es que había una tal bomba que hizo que la cosa mejorara.

A todos nos despidieron en 1945. Ganábamos buena plata, comparado con los ingenieros.

Éramos cinco hermanos. Uno murió ahogado en el río Macho, cuando andaba pescando. Otro murió aquí por Santa María, muy joven. Quedamos cuatro hermanos y tres hermanas. Dos hermanas ya murieron. Todos ellos, mientras yo era peón en la carretera, se quedaron haciendo carbón. Era un carbón para vender. Se sacaba con bueyes en carretas. Uno de mis hermanos también trabajaba de peón, pero no le gustaba que lo mandaran. Uno tenía que obedecer para poder quedarse.

Hubo otro tiempo en que nos dedicamos a sacar palmito. Uno lo sacaba de donde quería, de las montañas lóbregas. Lo sacaba y lo vendía a 70 céntimos al por mayor en San José. Hacía uno ciento cinco colones con 150 palmitos. Se echaban en sacos y se sacaba en carreta. Ya uno entonces podía comprar el saquito de arroz y de harina.

Un saco de arroz valía unos 20 colones , el otro diez y así. Hay dos especies de palmito. Está el palmito blanco que está en la parte más alta. En la parte más baja, por La Estrella y buscando hacia Pejivaye hay un palmito morado, que no desarrolla igual y que es delgadito, de clima más cálido.

La montaña “lóbrega” es la que no era ocupada por nadie, que nadie le entraba para hacer fincas. A esas montañas íbamos a sacar palmito. Mis hermanitas eran mujeres muy valientas, ellas entraban con nosotros con los sacos para sacar carguitas de palmito y formar la carga de carreta.

Yo nunca tuve miedo para entrar a esas montañas lóbregas. Yo sabía que había tigre pero nunca llegué a ver más que la huella fresca. Una vez me hice seguidor de la danta y la buscaba por la montaña. Un día miércoles mi hermanita me dijo que había visto la huella de una danta en el cruce de Santo Cristo. Yo cogí el rifle y me fui a seguirla. Me le puse atrás, atrás... Yo notaba que había otra huella de un descalzo adelante. Me desconcertó. Era un vecino mío que había dejado la huella arriba en la división continental, donde yo también la dejé, porque creímos que el animal había bajado hacia el atlántico.

El domingo siguiente yo le dije a mi mamá que me preparara una aguadulce y unas tortillas para ir a cazar algo. Encontré una huella distinta que me llevó al dormidero de la danta. Ella forma un triángulo con tres sitios diferentes. Toqué con el pie descalzo los dos primeros y estaban fríos. Pero el tercero si estaba tibio. La danta estaba a pocos metros comiendo. Monto el rifle y le disparo, pero el rifle no sirve. Volví a montar y disparo otra vez y la danta cayó. Me fui donde papá a contarle. —¡Hay muchacho cómo la mataste! La repartimos a todos los vecinos. Quedamos todos muy satisfechos. Lo hacíamos por necesidad.

La relación con la religión era buena. Aquí por esta entrada de la quebrada Bejuco don Octavio Gutiérrez hizo un ranchito. Trajeron al padre Isidoro de Cartago para celebrar la misa. En El Empalme abajo se hizo la primera iglesia, a dos kilómetros de aquí, yo ayudé con mi yunta

de bueyes madereros, para jalar la madera y cooperar. En "El empate", como primeramente se llamaba, don Paul Eliécer le cambió el nombre y le puso "El Empalme" y así quedó. Dos Empalmes, uno abajo y otro arriba. Los de abajo dijeron que aquí arriba era "La Guaria". Yo no estuve de acuerdo, era mejor "La Hortensia", porque esa flor sí había, pero tampoco se llamó así.

El buey maderero hay que enseñarlo. El boyero debe ayudarlo a los bueyes en una forma especial. A la troza se le hacía una trompa y se montaba en un par de polines para sacarla con la yunta de bueyes. El polín tenía que ser bien grueso, ojalá de madera babosa como el quizarrá, para que los bueyes no se maltraten.

Yo fui contratista en el aserradero La Chonta como en el año cincuenta. Las trozas eran de dos varas y media, para las traviesas que se ocupaban en el atlántico. El que las compraba era Figueres y un hermano de él. Ellos tenía un aserradero para hacerlas. El árbol de las traviesas era el encino blanco, es liso, de color entre blanco y amarillento. Después no me quisieron reconocer que los viajes eran cada vez más largos y difíciles para ir a traer las trozas, entonces me quedé sin trabajo.

Terminó la carretera y vinieron las duelas

Yo quedé sin trabajo. Vendí la propiedad mía de allá abajo para poner el negocito aquí. Era un denuncia de 20 hectáreas que yo había hecho en el año cuarenta allá, por el río Bejuco. Abrí una sodita de cuatro por cuatro. Mis hijas me ayudaban, pero después ya se casaron. Era el 45 ó el 46. Después amplié más porque tenía muy buena clientela. El gerente del Banco Nacional, que había venido a la soda, me ayudó a conseguir un préstamo para hacer el negocio más grande. Se llama don Manolo Naranjo. Saqué dieciseis mil colones del banco. Con esa plata amplié la soda, compré el zinc y un Land Rover 70.

Pero antes me había puesto a hacer duela. ¿Saben qué son duelas? Se hace del encino blanco. Hay tres tipos de encino: el encino blanco, el encino y el roble encino, que es el que tenemos en el Cerro de la Muerte. También tenemos

roble amarillo y roble roble ... tres especies. El encino blanco era el que ocupaban los españoles para duela.

Yo me fui a hacer duela a Copey de Dota. Allí me vendían el árbol. Yo lo buscaba que fuera rollizo, hermoso y que tuviera el hilo, sin nudos. Yo cortaba el árbol con una sierra de mano, que todavía la tengo. En ese tiempo todos los árboles se podían cortar. Habían varios tamaños de duela. Eran en triángulo, de tres o cuatro pies, tan larga como una mesa. Yo pagaba al dueño del árbol como a cincuenta céntimos la pieza. Yo trabajaba esa madera en la cuenca del río Pedregoso, yendo hacia Providencia.

La duela la mandaban en barcos a España o a los Estados Unidos. Había una oficina allá en Taras de Cartago, allí la recibían, la clasificaban y rechazaban. Muy bien pagada. La duela la metían en las industrias de esos países y la hacían en reglitas que sirven para formar el barril. Ellos tienen sus máquinas para hacer todo eso. Los barriles son para el vino. Los curan y duran una barbaridad.

Un día vino a buscarme un ingeniero, en esa administración de Trejos, para que fuéramos a la montaña a buscar el roble ese que era especial para duela. Era allá, del Cerro de la Muerte hacia los bajos. Pero allí no había más que el roble amarillo y el roble del otro, el corriente, y había también del encino que no sirve para duela.

El que sí sirve está al lado del Pacífico y no del Atlántico. De la división continental para el bajo. Los españoles vinieron a comprar montones de hectáreas. Ellos iban a comprar esas tierras en la administración de Trejos. Los españoles querían hacer la compra de esos bosques al ITCO para explotarlos, pero después no compraron tierras. Ellos tenían toda la maquinaria, sierras y camiones para hacer eso. También tenían un aserradero allá en San José, hacia el oeste, en Pavas. Se llamaba Stabapari.

Ellos le daban a la gente el indicio de cómo se hacía la duela y luego le daban la sierra y las cuñas. Eso era suficiente. De un buen encino, según el grueso, podían salir hasta unas veinte duelas, porque era todo en redondo. Había que labrarle la corteza. La pagaban muy bien pero uno se maltrataba mucho. En ese tiempo se explotó mucha montaña. Los españoles se metieron por División y

por otros lados, por La Chonta también. Ellos se vinieron con la carretera para hacer la explotación. Trabajaron en Bajo Quebradilla, en División, aquí en El Empalme, en La Chonta y otros lugares.

Aquí hicieron duela, en este lado del Empalme. Entraban con sierras, con bueyes, y la entregaban al camión. Todos aprendimos a hacerlas. Todo esto pasó ahí por el 65, cuando yo ya casi empezaba a trabajar de guarda forestal en el 66. Hacer duelas era mejor que hacer carbón, porque pagaban más y uno no se ensuciaba tanto.

Un guarda forestal en los tiempos del ITCO

Después volví a trabajar en la carretera, para hacer una rectificación, pero solo durante un año. Me quedé otra vez sin trabajo. A la sodita llegaron unos empleados del ITCO. Venían a hacer las ubicaciones de las parcelas, las de fulano, de sutano, de perencejo. Venían a conocer las fincas que estaban dentro de la reserva del río Macho. Reconocieron a don Rodrigo Mesén en la foto de la pared, que era el jefe de ellos. El ITCO lo habían fundado en 1960 y él había entrado como gerente. Me dijeron que fuera a saludarlo.

Hacía veinte años que no veía a don Rodrigo. Veía como son las cosas: me dijo que me estaban necesitando a mí para un trabajo de guarda forestal. Pero yo ni conocía ese oficio. Él dijo que yo sí servía y entonces ya me pusieron a llenar los papeles. En el 66 ganó Trejos y echaron a Rodrigo. Yo era liberacionista, pero había quedado ya colocado en el puesto de El Empalme.

En ese trabajo me eché un montón de enemigos. Fue un dolor de cabeza.

Rafael Ortega, que era campesino como yo, del campo, era compañero de nosotros. Él estaba destacado en Cañón. Él me ayudaba a empezar como guarda. Aprendí cómo hacer las denuncias y conocí la ley forestal. Yo solo sabía cosas de asistente de ingeniería. Lo forestal era muy distinto. Teníamos que medir los tocones de los árboles, para presentar las denuncias.

Después teníamos que medir las trozas que decimisábamos allá en Río Macho. Eso era difícil. Uno de

nosotros medía, el otro apuntaba y el tercero tenía que cuidarnos las espaldas porque era peligroso. Los hombres tenían machetes y otras armas. Nosotros explicábamos que teníamos que medir las trozas para revisar el volumen de la corta.

A mí me quitaron de aquí y me mandaron para Orosi porque estaba maltratando a muchos. Yo trabajaba bien, no me podían acusar de nada. El nuevo jefe me mandó con dos señores a los que el ITCO les había quitado una finca porque estaba dentro de la reserva. Eran de Cachí. Llegamos a la finca donde estaban unas personas volteando montaña. Ellos dijeron que el dueño ahorita venía. El que contrataba los peones era de San José o Heredia. El ITCO no le había pagado a los señores de Cachí y el nuevo dueño decía que ya él había comprado la finca a un señor que trabajaba en el ITCO. ¡Era el mismo jefe que me había trasladado a Orosi el que había vendido la finca que no era de él! Él era el del gato encerrado. Los señores de Cachí pusieron la denuncia y nosotros quedamos de testigos. Pero... le pasaron una plata al alcalde y ahí quedó todo.

El trabajo de guarda forestal tenía cosas bonitas. A mí me gustaba andar las fincas, las quebradas, los ríos. Eso es muy interesante. Yo tenía un mapa de todo lo que era la Reserva Forestal. Eran dos kilómetros a la derecha y a la izquierda mucha montaña. Ahí teníamos que supervisar los permisos para cortar árboles. Pero uno se echaba muchos enemigos. Muchos me ofrecieron hasta matar.

Una vez uno de ellos, ya pasado el tiempo, vino y me dijo que yo había sido un guarda muy cumplido. Él se quejaba de que los guardas que vinieron después tienen diferencias, a unos los tratan bien y a otros los maltratan. El guarda tiene que ser muy parejo. Debe obedecer órdenes solo de sus superiores. Pero uno topaba con jefes muy rectos y con otros que les gustaba hacer cositas muy raras. Cuando yo me veía prensado con esas cosas tan raras entonces me veía en dificultades.

Les voy a contar un caso. Un día estábamos aquí en la casa cuando vino un carro con una gente preguntando por mí. Me llevaron a División para preguntarme dónde era que yo medía la madera de todos los madereros de

allá. El nuevo inspector que había llegado con el cambio de gobierno lo que quería era saber los nombres y los lugares para después ir a cobrarles una plata a los madereros. Un compañero mío de Alajuela que tenía más experiencia me aconsejó ir a San José a denunciar lo que andaba haciendo el nuevo inspector. Yo fui y lo denuncié.

Y esas cosas raras todavía no terminan. Ahí por la cuenca del Río Bejuco están explotando mucho y son cuencas con aguas muy importantes. Yo veo los camiones que van y vienen. A mí me preocupa porque nosotros cuidamos mucho en otra época.

Una vez, después de que logré que me trasladaran de Orosi, me asignaron la Reserva Forestal Los Santos. Me fui por el camino de Providencia y me encontré un tractor, dos camiones y dos motosierras botando montaña. Todo por debajo de la mesa. Había un inspector que recibía sus donativos, no digo el nombre. Los demás funcionarios le tapaban el almuerzo. El maderero decía que el tenía permiso, pero no lo mostraba. El jefe en Cartago me mandó a llamar para explicarme que sí había permiso. Pero tampoco me mostró el permiso. Apunté todo y preparé el informe para don Raúl Solórzano en San José. Don Raúl pidió el decomiso y un informe más detallado. Él era un buen jefe, pero lo bueno no dura, ligerito lo cambiaron.

La honestidad le viene a uno de natural y también porque mi papá era muy pobre, pero muy honrado. Eso nos enseñó desde chiquillos. Yo siempre me cuidé mucho. Yo tenía un sueldo y no podía aceptar movidas. Yo trabajé catorce años de guarda y dejé el oficio cuando me dió el segundo infarto. En el 72 me dio el primero y en el segundo, en el 79, estaba recogiendo una semilla de roble encino que querían mandar al extranjero. Yo andaba por dicha con un hijo. Me llevaron grave, en medio del temporal. Eso me pasó allá, por el kilómetro 82. Ya después de eso me retiré de guarda, me pensioné.

Notas

1. Entrevista de Emilio Vargas Mena (Vida Silvestre, Universidad Nacional, emvargas@una.ac.cr) a Don Isaías Solano Jiménez, los días 9 y 24 de marzo del 2001, en El Empalme de El Guarco.